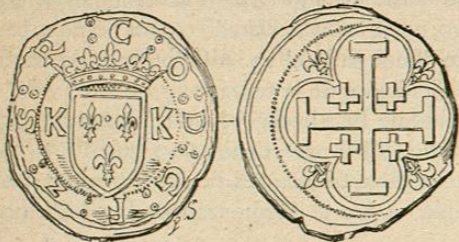


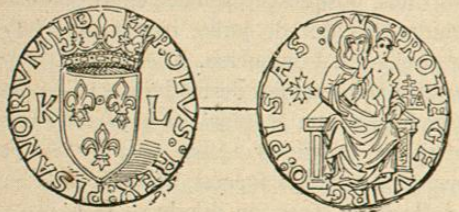
hechos esenciales: el grueso de los franceses derrotó á las tropas venecianas, y las fuerzas del marqués de Gonzaga operaron un movimiento envolvente cogiendo los bagajes de los nuestros; de manera que ambas partes pudieron atribuirse la victoria. El marqués mandó construir la capilla «della Santa Vittoria» y colocó en ella el cuadro de Mantegna, en donde está él de rodillas



Moneda de Carlos VIII, acuñada en Nápoles

ante la Virgen en acción de gracias (1). Los cálculos de los historiadores italianos, que consideraron la batalla como «durissima» y estimaron el número de los muertos en 3.000 (una tercera parte franceses y dos terceras partes coligados) atribuyen la ventaja á Carlos VIII, el cual logró en definitiva lo que quería: pasar. Los coligados, sin embargo, no quedaron derrotados, puesto que emprendieron la persecución del rey de Francia, el cual levantó el campo á toda prisa y llegó el 15 á Asti. Hacía sesenta días que los franceses habían salido de Nápoles; la retirada había durado tres meses menos que la marcha ofensiva.

La situación seguía siendo muy difícil. La liga parecía dispuesta á obrar: Maximiliano, en la dieta celebrada en Worms en el mes de junio, hacía un llamamiento á las potencias enemigas de Francia y enviaba á Milán un ejército de 10.000 hombres; en la frontera de los Pirineos se concentraban tropas españolas; y Ludovico sitiaba al duque de Orleans en Novara, con el concurso del marqués de Gonzaga. El ejército francés anduvo durante dos meses errante entre Turín y Chiari, en espera de socorros que no llegaban, y en el Consejo real, siempre muy dividido, reinaba gran confusión: Gié y Comynes eran partidarios de la paz; Briçonnet era



Moneda de Carlos VIII, acuñada en Pisa

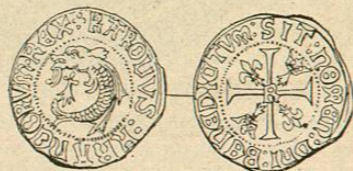
contrario á ella, y hubo entre uno y otro bando discusiones que amenazaban convertirse en vías de hecho. Tratóse, sin embargo, con Florencia el 26 de agosto, pero con una condición imposible de realizar, cual era la restitución de Pisa á los florentinos. El 16 de septiembre firmóse una tregua y el 9 de octubre la paz con Ludovico, mediante la restitución de Novara; y el 15 Carlos VIII prosiguió su marcha de regreso á Francia.

En el entretanto, el reino de Nápoles estaba casi en-

(1) Actualmente en el Museo del Louvre.

teramente perdido á pesar de la victoria de Aubigny en Seminara (28 de junio). Estallaron varias sublevaciones en la capital y en 7 de julio entró nuevamente en ella Fernando II: los franceses, sorprendidos en las calles, fueron asesinados y de Vesc apenas tuvo tiempo para huir y refugiarse en el Castel Nuovo; y en cuanto á las provincias fueron fácilmente reconquistadas por el rey vencedor. Montpensier trató de defenderse con 10.000 hombres que le quedaban y envió á de Vesc á Francia para pedir á toda prisa socorros; pero el 20 de julio de 1496 hubo de capitular en Atella. El 19 de noviembre Gaeta abrió sus puertas, Tarento se rindió en 25 de febrero de 1497 y el mismo día firmóse un armisticio para todo el reino (2). Los verdaderos vencedores eran los venecianos que habían recibido de Fernando los puertos de la Pulla, en recompensa de su intervención diplomática contra Carlos.

Todo se apaciguaba, si bien lentamente, en Italia, por más que Maximiliano hubiese tomado á su cargo el papel de ejecutor de las obras de la liga de Venecia, reuniendo en 1496 en Lindau una dieta en la cual invocó la ayuda del Imperio contra Francia «amenazadora en Italia» y organizando á sus costas, en vista de la indiferencia de los restantes príncipes alemanes, una expedición que fracasó miserablemente.



Liard de Carlos VIII, acuñado para Bretaña

Durante algún tiempo erró por el Norte de Italia y á fin de año regresó á Alemania.

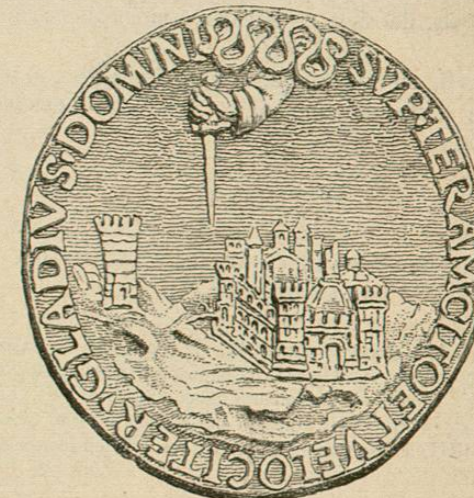
En Francia las consecuencias de los sucesos exteriores dejáronse sentir en la situación económica: en 6 de marzo decretóse, «para sostener los gastos de la guerra,» un empréstito forzoso sobre las principales ciudades del reino, correspondiendo á París 30.000 escudos, á Troyes y Amiéns 3.000 y á Beauvais y otras 1.000. El rey escribía en 30 de mayo á los habitantes de Troyes diciéndoles que entregasen los fondos á Poncher, uno de los tesoreros; hablaba de asuntos «tan urgentes que no podían serlo más» y prometía restituir el empréstito con la hacienda de Nápoles. Y precisamente desaparecía la garantía en el mismo momento en que la ofrecía el monarca. Súpose además la adhesión de Inglaterra á la liga y el casamiento de la infanta de España, Juana la Loca, con el infante de Austria, Felipe el Hermoso, eventualidad temible para Francia. Graille aconsejaba que se equipara una flota para cerrar á Felipe el paso de Flandes á España; pero su consejo no fué escuchado y, por el contrario, firmóse en 15 de febrero de 1497 con Fernando de Aragón un armisticio, convertido en 25 de abril en una tregua de cinco meses que, á instancias de España, prometieron observar los miembros de la liga de Venecia.

(2) Fernando murió en 6 de octubre de 1496 y tuvo por sucesor á su sobrino Federico.

En aquel mismo momento se produjo uno de aquellos cambios que tan frecuentes fueron en el curso de las guerras de Italia: las potencias que habían combatido á Francia en Italia entablaron con ella negociaciones que tenían por objeto la conquista de aquella península, por todas ellas codiciada. Carlos VIII se dejó convencer y en 25 de noviembre de 1497 firmó con España, en Alcalá de Henares, un tratado de alianza ofensiva y defensiva acompañado de un proyecto de reparto de Italia; contaba además con Maximiliano y con Alejandro VI, y en enero de 1498 informaba á los florentinos de sus propósitos, que consistían en comenzar la campaña antes de San Juan.



Medalla de cobre con el busto de Savonarola. (Gabinete Numismático de Berlín.)



La muerte acabó con estas combinaciones, ó por lo menos las suspendió porque el tratado de Alcalá es la preparación de la política de Luis XII; en efecto, Carlos VIII sucumbió á consecuencia de un accidente en 8 de abril de 1498; aquella existencia de niño por el azar dirigida terminó por un azar.

Ciertos acontecimientos que se desarrollaban allende los Alpes tenían para la historia del mundo bastante mayor gravedad que la expedición ó las intenciones de Carlos VIII: en Roma y en Florencia se discutía el problema de la Iglesia cristiana.

Alejandro VI revelaba cada vez más su carácter complejo: era ante todo un hombre sensual y apasionado y su misma bellaquería no podía jamás resistir á su capricho. Arrebatos imprevistos; el pensamiento siempre agitado, inquieto; extremos de valor y de cobardía; una avidez insaciable; la satisfacción, casi tan grande como en un bárbaro, de contar sus riquezas, tales eran las cualidades de aquel hombre que indudablemente no había nacido para los largos designios y las concepciones razonadas. Su única mira fué vivir bien y evitar todo aquello que podía turbar su existencia; carecía de toda fe, y por supuesto, no sentía escrúpulos de ninguna clase. «Alejandro VI, dice Maquiavelo, no hacía más que engañar; no pensaba en otra cosa y jamás ha existido hombre que afirmara una cosa con tanta seguridad y que apoyara sus palabras con tantos juramentos, pero tampoco que se mostrara menos escrupuloso en mantenerlos.» Otro contemporáneo, el embajador Capello, escri-

bía en 1500: «El papa tiene setenta años y cada día se rejuvenece; sus preocupaciones sólo duran una noche; es de temperamento alegre y no hace sino lo que le gusta; su único deseo es hacer poderosos á sus hijos; todo lo demás le es indiferente.» En efecto, después de él sólo amó á sus hijos; pero sobre todo fué dominado, casi hasta el terror, por el segundo de ellos, César Borgia.

El poder material del papado nada había sufrido con la expedición de Carlos VIII, y Alejandro VI ambicionaba fundar una familia soberana en el Estado pontificio. Primeramente trabajó contra los Orsini, sin lograr, sin embargo, quebrantar por completo á aquella

temible casa, á pesar de jactarse de «tener las manos tintas en sangre de los Orsini.» Entonces entró en escena César Borgia. En el mes de junio de 1497 desapareció el primogénito del papa, Juan de Gandía; su cuerpo fué hallado en el Tíber, y después de largas investigaciones, recayeron sobre César Borgia vehementes sospechas de fratricidio. Al cabo de algún tiempo abdicó éste el cardenalato y pudo de este modo, merced al apoyo del papado y á la complicidad de Francia, desempeñar el papel de condottiero de alto vuelo que á poco le hace dueño de la Italia central.

En cuanto á Florencia, después de la retirada de los franceses, quedó abandonada á sus propias fuerzas y en ella surgieron todos los sentimientos que hacía tiempo habían sido sofocados. Ya durante la expedición de Carlos VIII promulgóse una constitución, la más democrática tal vez que había tenido aquel Estado; pero Savonarola, que había sido el promotor de la misma, quería más, deseaba una reforma general de la Iglesia que comenzara por la deposición de Alejandro VI, papa simoníaco y perjuro, y escribía cartas apremiantes á Carlos VIII, á Maximiliano, á los soberanos de Europa: «Os juro, en nombre del Señor, que ese Alejandro es un falso papa;» pero sólo recibía respuestas indiferentes.

En Florencia misma, la austeridad de sus doctrinas, la intransigencia de su fe, la vigilancia rigurosa que ejercía sobre las costumbres, habían producido muchos descontentos, que los partidarios del desterrado Pedro de Médicis cuidaban de mantener. Sus adversarios de den-

tro y fuera de la ciudad no tardaron en coligarse, y en mayo de 1497 el papa atrevióse á excomulgarle; y obligado á defenderse contra la señoría de Florencia y contra el pueblo que invadiera el convento de San Marcos, en donde se había refugiado, Savonarola al fin se entregó. En 13 de mayo de 1498 fué llevado al suplicio y sus obras quemadas y aventadas; cuando el cardenal leyó la sentencia que le separaba de «la Iglesia triunfante y militante,» Savonarola encontró la respuesta oportuna exclamando: «¡De la Iglesia militante, sí; de la triunfante, no!» Efectivamente, dígame lo que se quiera, sus ideas de reforma religiosa son las que en parte triunfaron en el siglo XVI, así en el catolicismo como en el protestantismo. Pero sobre todo, en él se resume el espíritu cristiano del siglo XV italiano, ó mejor dicho, florentino.

Después de su muerte, quedaba en Italia libre el terreno para el papado temporal así como para todos los extranjeros.

CAPÍTULO II

LOS ASUNTOS DE MILÁN Y NÁPOLES Y LA POLÍTICA DE CASAMIENTOS (1).

I. Luis XII, Ana, Jorge de Amboise.—II. Conquista de Milán.—III. Intento de cruzada.—IV. Conquista y pérdida de Nápoles.—V. Intento de casamiento franco-austriaco.—VI. Los tratados de Blois.—VII. Ruptura del casamiento franco-austriaco.—VIII. La sublevación de Génova y la entrevista de Savona.

I.—Luis XII, Ana, Jorge de Amboise

Muerto Carlos VIII sin hijos, sucedióle sin dificultad alguna su más próximo pariente, Luis XII, el cual mandó hacer en pocas horas (y á sus costas, según dicen sus panegiristas) los funerales de su predecesor y organizó inmediatamente un nuevo gobierno.

Luis XII es uno de esos reyes á quienes se representa viejos, y realmente envejeció muy de prisa después de su advenimiento al poder; pero antes de la vejez tuvo una juventud, y una juventud bastante agitada; siendo preciso consignar este detallé para comprender ciertas

(1) FUENTES.—Véase la bibliografía de la pág. 67 y añádanse: T. Godefroy, *Histoire de Louis XII* (contiene crónicas y algunos documentos oficiales), 1615. *Chroniques de Louis XII par Jean d'Auton* (publicadas por R. de Maulde La Clavière para la «Société de l'Histoire de France,» cuatro volúmenes, 1889-1895): véase acerca de Auton, el libro II, capítulo II, párrafo IV. *Histoire du gentil seigneur de Bayart par le Loyal Serviteur* (publicada por J. Román para la «Société de l'Histoire de France,» 1878). *Lettres de Louis XII et du cardinal Georges d'Amboise... depuis 1504, jusques et compris 1514*, cuatro volúmenes, 1712. *Négociations diplomatiques entre la France et l'Autriche durant les trente premières années du XVI^e siècle* (publicadas por Le Glay en la colección de documentos inéditos para la historia de Francia, 1845), tomo I.

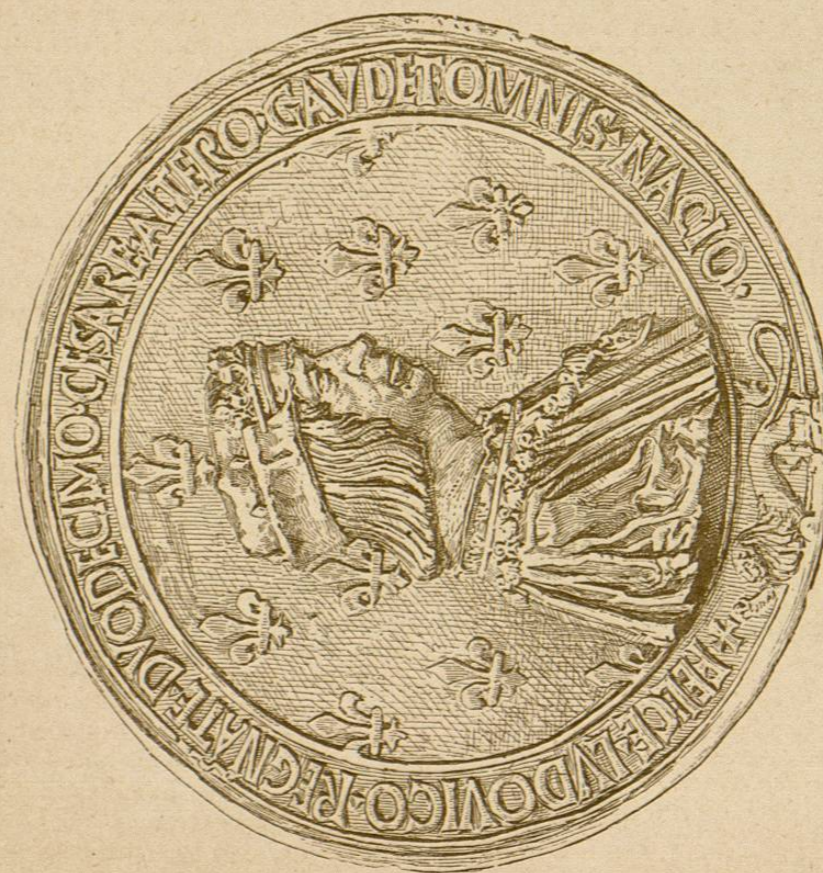
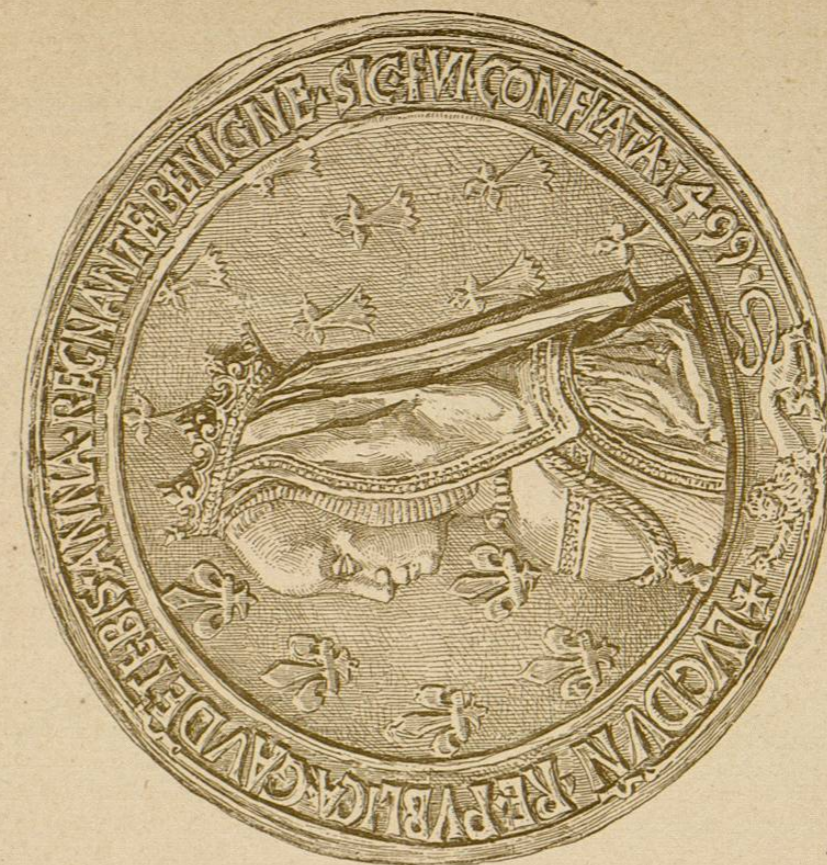
OBRAS GENERALES.—No existe una buena historia completa del reinado de Luis XII. De Maulde, en su *Histoire de Louis XII*, de la que sólo ha publicado seis volúmenes, ha estudiado solamente la juventud de Luis XII (*Luis d'Orléans*) y la *Diplomatie au temps de Machiavel*, 1889-1893. Puede consultarse: Legendre, *Vie du cardinal d'Amboise*, cuatro volúmenes, 1725; al final de esta obra hay algunos documentos justificativos. Le Roux de Lincy, *Vie de la reine Anne de Bretagne, femme des rois de France Charles VIII et Louis XII*, cuatro volúmenes, 1860.

cosas de su reinado que contrastan con su reputación universal de cordura nestoriana. En 1498 cumplió treinta y seis años; el retrato que de él nos ofrecen algunas pinturas oficiales ó miniaturas un tanto numerosas, corresponde perfectamente á esta descripción de un autor contemporáneo: «La cabeza es pequeña y puntiaguda; la frente estrecha, los ojos grandes y saltones, el rostro flaco, la nariz ancha y remangada, los labios gruesos, la barba aguda, el cuello delgado y corto, los hombros estrechos, las manos y los brazos pequeños y largos, la glotis prominente, el cuerpo apretado y el pecho sin desarrollo. El rey es más bien bajo que alto.» Esta descripción nos da idea de un organismo endeble que los años de juventud habían sin duda gastado y que los años de poder iban á debilitar. Luis XII estaba á menudo enfermo y soportaba mal sus enfermedades, que llegaron á ser una de las preocupaciones y uno de los medios de acción de la diplomacia. Los enviados extranjeros hablan en sus cartas continuamente de la salud del monarca: «El más ligero accidente, dice un embajador, tiene consecuencias graves en un cuerpo tan mal constituido. Su temperamento debilitado decae sin cesar.»

Tenía ciertas cualidades morales: moderación y sentimientos humanitarios, excepto en la guerra, en la que se mostraba duro hasta la crueldad; y si no pronunció la célebre frase: «El rey de Francia no venga los agravios del duque de Orleans,» por lo menos aplicó el espíritu de la misma. Desvelábase por el bien público y sentía tal vez la preocupación por la suerte de los humildes; su vida privada, en su segundo matrimonio con Ana de Bretaña, fué sencilla, familiar, digna; su inteligencia, aunque superior á la de Carlos VIII, no pasaba de mediana y estaba falseada por una deplorable debilidad de carácter. En su juventud se vió siempre dominado por oscuros confidentes y en su edad madura por su esposa Ana ó por su amigo Jorge de Amboise; sin embargo, era muy terco en sus proyectos, y gracias á esto logró algunos éxitos, cuando los asuntos fueron sencillos ó cuando sólo hubo de luchar con enemigos débiles, porque nada le distraía del fin que se proponía alcanzar. Pero por esta misma razón, una vez firmes su concepción y sus propósitos, jamás supo variarlos ni amoldarse á las circunstancias, cuando éstas variaban. Fué hasta el final de su vida el hombre de quien se decía en 1498: «La cuestión del Milanésado absorbe su espíritu.»

Jorge de Amboise, más conocido con el nombre de cardenal de Amboise, llegaba al poder con el nuevo rey, de quien había sido amigo, confidente y servidor. Durante los últimos años de Carlos VIII habíase eclipsado, pero no por esto dejó de velar por la fortuna de Luis, de la que no separaba la suya. En 1498 tenía treinta y ocho años y estaba ya en posesión del arzobispado de Ruán, uno de los mejores y más importantes de Francia. Este personaje sigue siendo aún hoy en día más célebre que conocido: se adivina, hasta se sabe que durante el reinado de Luis XII representó un papel considerable; pero ¿en qué consistió este papel? ¿Hemos de ver en él á un primer ministro sin título? ¿O hemos de considerarle simplemente como un consejero de quien se hacía mucho caso?

Desde 1498, todos los embajadores le citan como uno de los personajes influyentes y le encontramos mezclado



LUIS XII, REY DE FRANCIA, Y SU ESPOSA ANA DE BRETAÑA
(Medalla hecha por un artífice de Lyon, tamaño del original, que se conserva en el Gabinete Numismático de Berlín)